

"El mito de la conspiración en el imaginario político de los periódicos de Bahía Blanca (Provincia de Buenos Aires) durante el primer gobierno radical (1916-1922)"

Laura Llull

*L'Histoire de la démocratie nous offre une combinaison bien remarquable d'utopies et de mythes.
George Sorel, Réflexions sur la violence.*

*...la presse quotidienne et le télégraphe, qui répandent les inventions de la presse en quelques secondes dans le monde entier, fabriquent plus de mythes en un seul jour qu'ils ne se produisait autrefois en un siècle
Karl Marx. Lettre à Kugelmann*

Durante las dos primeras décadas del siglo XX, la prensa escrita era el único medio de comunicación masiva en Bahía Blanca, importante ciudad del sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Comprendemos entonces la gravitación de los periódicos en la configuración de la cultura política de los lectores bahienses. Si definimos este último término como el conjunto de creencias, creaciones, mitos, desencantos e ideologías que alimentan el devenir político de una sociedad o grupo, comprendemos la importancia que adquieren los elementos relativos al ámbito de los imaginarios políticos en las construcciones simbólicas que vehiculizan los periódicos, desde los diversos espacios de sus superficies redaccionales: editoriales, noticias y titulares. El presente trabajo intenta acceder a los distintos universos políticos de los agentes del campo periodístico de Bahía Blanca. Intentamos iniciarnos en la exploración de la dimensión mitológica que subyacía en las diversas lecturas que realizaron del conflicto social que

la memoria colectiva recuerda como la Semana Trágica. En otras palabras, nos aventuraremos en el ámbito poco concurrido del imaginario mitológico que, si bien escapa de toda racionalidad aparente, marca profundamente nuestra cultura política.

La Semana Trágica

Durante la gestión del primer gobierno radical en la Argentina entre 1916 y 1922, el presidente Hipólito Yrigoyen debió atender los reclamos de los obreros que se tradujeron en numerosos conflictos. Si bien, en general, su política laboral buscó colocar al estado en posición de árbitro entre capital y trabajo en algunas ocasiones recurrió a la represión como ocurrió en el verano de 1919, durante la Semana Trágica¹.

El 7 de enero de 1919 los enfrentamientos entre huelguistas de los talleres metalúrgicos Vasena, situados en el suburbio obrero de Nueva Pompeya en el extremo sur de la Capital Federal, y fuerzas policiales causaron la muerte de varios trabajadores. Como consecuencia de estos sucesos, en la mañana del 9 de enero, casi la totalidad de la fuerza obrera industrial, conjuntamente con miembros de los sectores de servicio y transporte, declararon la huelga general que marcó el comienzo de la Semana Trágica. En esa jornada, una importante columna de trabajadores convergió hacia el cementerio de la Chacarita para acompañar a los cuerpos sus compañeros muertos hasta el lugar de su descanso final. A lo largo del trayecto se dieron una serie de incidentes violentos por parte del grupo que encabezaba la manifestación. Al llegar a destino, un contingente de fuerzas de seguridad allí presentes reprimió con ferocidad a los obreros, registrándose muertos en ambos bandos. Rápidamente la violencia se generalizó en forma de una sucesión de breves revueltas no articuladas, haciendo que durante una semana la ciudad fuera tierra de nadie. Finalmente, el general Luis Dellepiane, de antigua filiación radical y amigo personal de Yrigoyen, desplegó sus tropas en distintos barrios porteños,

marcando así el fin del conflicto. Junto al Ejército participaron grupos de civiles armados que, temerosos de los fantasmas de la revolución social, persiguieron a judíos y catalanes a quienes sindicaban como maximalistas y anarquistas respectivamente. Según demuestra David Rock, rumores y falsas informaciones contribuyeron para que se creyese que se estaba ante el estallido de una revolución bolchevique, lo que despertó los temores y miedos colectivos entre importantes sectores de la elite y la clase media.

El campo periodístico bahiense en 1919.

A diferencia de lo que sucede en la actualidad², en las primeras décadas del siglo XX, los periódicos bahienses³ conformaron un campo periodístico local sujeto a sus propias relaciones y reglas de funcionamiento. En otros términos, se fue estructurando un espacio simbólico en el que estos agentes dialogaban, discutían, discrepaban o coincidían, diseñando, al trazar sus respectivos itinerarios, el mapa de sus amigos y enemigos políticos en función de sus diversos intereses.

Para reconstruir la estructura del campo observamos las posiciones que contribuyen en mayor medida a su definición. Una primera comparación entre todas las trayectorias nos permitirá establecer algunas tendencias en la aparente heterogeneidad. A fines de la primera década del siglo XX los vecinos bahienses podían optar entre siete publicaciones: *La Nueva Provincia*, *El Sud*, *El Censor*, *Bahía Blanca*, *El Régimen*, *El Siglo* y *Nuevos Tiempos*. Comprobamos pues que estamos no sólo en presencia de un mercado periodístico diversificado, con una alta oferta de información, tanto de mañana como de tarde, sino también que existía una masa de lectores ávida de noticias⁴.

El matutino *La Nueva Provincia* inició su publicación el 1° de agosto de 1898. En su primera editorial Enrique Julio, su fundador, explicaba que sólo se justificaba la publicación de una nueva propuesta periodística en la ciudad si ésta era "la encarnación de una nueva idea", en su caso, la creación de un estado federal que abarcara los partidos del sur de la provincia de Buenos Aires y las gobernaciones que se extendían a largo de los ríos Negro y Colorado con capital en Bahía Blanca⁵.

Tanto el matutino *Bahía Blanca* como vespertino *El Censor* comenzaron a publicarse en 1906. Por su parte, *Nuevos Tiempos* hizo lo propio en 1914. Dirigido por político socialista Agustín de Arrieta, este semanal, que poco después pasó a ser bisemanario, intervenía en el campo periodístico desde su posición de publicación de los centros socialistas de Bahía Blanca. En setiembre de 1915 vespertino *El Sud* inició su trayectoria periodística con el propósito de luchar por los ideales del Partido Radical⁶ y un año después hizo lo propio el matutino *El Siglo*, presentándose como diario regional del sur. A su vez, a comienzos de 1918 el bisemanario *El Régimen* se incorporó en la escena periodística local con un programa de acción que se sintetizaba en un objetivo: combatir al Partido Radical.

Todos ellos, en mayor o menor medida, seguían y comentaban la actualidad política y social y por lo tanto ninguno permaneció ajeno a la brutal conmoción coyuntural que significó la huelga general de 1919.

Hacia fines de 1918, *La Nueva Provincia* informaba a sus lectores que la serie de huelgas parciales e inconexas que por entonces paralizaban las actividades del país constituían en realidad los prolegómenos de una huelga general que estaban tramando "los profesionales y desocupados agitadores del movimiento obrero" y que no solo afectaría a la Argentina sino a los países vecinos de Uruguay y Brasil. Sin embargo confiaba en que los obreros no se dejarían engañar por esos "falsos apóstoles", esos

“agitadores de profesión” y no participarían en “movimientos inciertos” por lo que aseguraba que la “plaga huelguística” no prosperaría⁷. En la óptica del matutino era prioritario contar con una legislación social adecuada al progreso del país y a las exigencias de la situación internacional que entendía propicia para las “grandes reformas de orden social y obrero”. Que este era el propósito evidente del gobierno nacional quedaba demostrado por la actitud del presidente Yrigoyen, quien, desde que accediera al poder, había tratado de resolver de forma justa y pacífica los conflictos entre capital y trabajo. En este sentido consideraba que la misión de todo gobierno democrático consistía en reformar paulatinamente la organización política y económica por la vía legal, responsabilidad ésta a la que se hallaba abocado el gobierno nacional aunque, según advertía, la solución definitiva requeriría de cierto tiempo. Desde su óptica, las numerosas huelgas que estaban declarando los trabajadores organizados del país no contribuían a la solución de los problemas políticos y económicos que, reiteraba, exigían una respuesta absolutamente legal. Más aún, perjudicaban a los propios obreros quienes ya tendrían que haberse convencido de la inutilidad de esta forma de protesta. La conclusión a la que llegaba *La Nueva Provincia* destacaba:

Lo que sucede es que los gremios obreros están regimentados por un grupo de agitadores que necesitan de las huelgas para demostrar que se preocupan de la suerte de los trabajadores... Tales agitadores proceden por conveniencia política o por fanatismo ideológico, cosas que a los trabajadores les importan un comino, pues solo sirven de escalón para algunos individuos que saben explotar muy bien, en su propio beneficio, el dolor propietario⁸.

A medida que la violencia iba ganando las calles de Buenos Aires, el matutino endurecía su línea editorial contra los “profesionales de la huelgología” y el partido socialista que adhería en forma resuelta al movimiento maximalista haciendo factible, por este apoyo, la propagación del conflicto a todo el país. Enérgicamente señalaba la

necesidad de restablecer el orden al tiempo que elogiaba la actitud del presidente Yrigoyen ante la crisis en estos términos:

Necesario es reconocer que el doctor Irigoyen se halla perfectamente capacitado para obrar tal y como lo aconsejan las circunstancias. En las cuestiones sociales siempre ha procedido con ecuanimidad y mesura. Las fobias de quienes sintiendo perturbada su comodidad le han instigado a las mayores violencias, no han encontrado eco en su humanitarismo equilibrado. Cree y cree bien, que sin llegar a los extremos de la represión genuina del pueblo, no puede inclinar, con apasionamiento, la balanza de la justicia dejándose llevar de peligrosas parcialidades⁹.

Sin embargo, poco después justificaba la decisión del primer magistrado de declarar el estado de sitio por entender que la tolerancia y la prudencia tenían un límite que había sido traspasado al descubrirse la existencia de un complot revolucionario. En efecto, *La Nueva Provincia* adhería a la interpretación de que existía una conspiración instigada no por las federaciones y gremios obreros sino por “grupos secretos y centros revolucionarios” que habían querido aprovechar las circunstancias para implantar el “régimen maximalista” en el país¹⁰.

Una vez restablecida la normalidad, el matutino bahiense orientó sus reflexiones editoriales a un tema que entendía debía incluirse en la agenda de los legisladores tras los sucesos ocurridos en Buenos Aires: la inmigración, más precisamente su reglamentación. En su opinión, la inmigración no constituía un peligro para la soberanía nacional porque las “características nacionales” de nuestro país estaban por entonces sólidamente implantadas como para que los inmigrantes, cualquiera fuese el número en que ingresaran, pudiesen “trastornar el sentimiento y la fe de la patria”. Por otra parte afirmaba que la inmensidad y riqueza del suelo argentino requería el concurso de manos extranjeras pero advertía sobre la existencia de una inmigración “malsana y díscola” que se introducía en el país con designios nada recomendables. En sus palabras:

Penetran también núcleos de individuos rebeldes a toda organización, a toda ley y a toda norma de buena conducta que antes de tomar arraigo en la vida de la república, se esfuerzan por agitar sus elementos y darles una orientación incongruente y desordenada, dando margen a la producción de sucesos como los que estos días pasados ha experimentado la capital federal y que tuvieron a punto de extenderse por todo el país¹¹.

La legislación debía contemplar una selección de la inmigración para evitar que estos elementos “iconoclastas y anárquicos” entrasen en suelo argentino pero, a la vez, debían realizarse reformas de carácter social que propendiesen a un nuevo concepto de justicia porque reconocía que las “agitaciones revolucionarias” podían también tener origen en un régimen social deficiente y atrasado.

Tras los trágicos sucesos del día 10 *El Sud* denunciaba indignado la actitud recurrente de los “voceros de la burguesía capitalista” que cada vez que el pueblo obrero se levantaba indignado para pedir pan y trabajo exigían al gobierno nacional que “ahogase en sangre” el “gesto altivo” de los que sólo pedían pan y trabajo. Asimismo advertía sobre los planes de la clase capitalista que, unida al “nepotismo argentino” pactaban para desalojar del poder a los verdaderos representantes del pueblo. Al mismo tiempo aseguraba que el presidente Yrigoyen, conocedor del dolor de los trabajadores, habría de hacer justicia a sus legítimos reclamos¹².

A medida que se conocían las alternativas de los enfrentamientos registrados en la Capital, el vespertino se preocupaba por diferenciar entre lo que calificaba como una “rebelión armaba y embravecida por los triunfos alcanzados por sus partidarios en Europa” de las huelgas declaradas por los obreros para mejorar sus condiciones de trabajo. Actuando como un gran estadista, el presidente radical había sabido reaccionar según las circunstancias lo requerían, haciéndole sentir a los primeros la fuerza incontrastable del poder nacional y dándole a los trabajadores, que habían buscado su mediación, lo que “su corazón generoso de argentino le dice merecen”¹³.

La sombra de un complot orquestado por una “mano oculta y poderosa” que buscaba el desprestigio del gobierno radical frecuentaba el imaginario político de *El Sud*. La hipótesis conspirativa había quedado claramente confirmado por el descubrimiento realizado por la policía de un plan insurreccional de “elementos exóticos” que se hacían pasar por obreros. La trama secreta de la conjura bolsheviki(sic)- informaba- pretendía convertir la nación en república de los “soviets”¹⁴.

En este contexto, el vespertino atacaba desde sus páginas a los socialistas a quienes acusaba de mostrar una actitud indefinida y acomodaticia frente a los sucesos de enero. En su opinión, los “burgueses de esa secta” querían quedar bien con Dios y con Diablo pues al tiempo que repudiaban la violencia como método de lucha proletaria, presentaban al ejército que la sofocaba como una “banda de asesinos”¹⁵. En definitiva, el partido socialista había demostrado en esta oportunidad su verdadero carácter porque después de haber llevado al proletariado a la anarquía, lo había abandonado a su suerte. Por otra parte censuraba a quienes señalaban que los cabecillas del complot eran de nacionalidad judía, haciendo de esta forma caer la responsabilidad de los hechos en dicha colectividad cuando ésta siempre había constituido un factor de progreso en nuestro país.

Cuando ya se habían serenado un tanto los ánimos, *El Sud* señaló la necesidad de que los problemas sociales encontraran un lugar privilegiado en la agenda política de los gobernantes. En su opinión merecían un estudio sereno y profundo de sus causas, máxime teniendo en cuenta que el maximalismo constituía una “avanzada sintomática” que requería de los poderes públicos una constante atención de los problemas sociales. En este sentido afirmaba que el presidente radical se preocupaba por dotar al país de una legislación social acorde a los tiempos pero que el Congreso, reducto de la oposición conservadora, no actuaba con la celeridad requerida¹⁶. Con relación a la problemática

social *El Censor* reprochaba al Parlamento su resistencia a tratar los proyectos de leyes obreras enviados por el Poder Ejecutivo para su estudio y sanción en momentos en que la revolución social comenzaba “con sus chispazos a quemarnos de cerca” y hacía imprescindible ponerse a la altura de los acontecimientos y evitar las “sorpresas” que podía causarnos la deficiente legislación social por entonces existente.

A pesar de este reconocimiento, los dramáticos sucesos de aquel verano le provocaban cierto desconcierto con respecto a las causas últimas que los motivaban, así argumentaba:

Plenamente justificada la revolución social en Rusia, por haber vivido en una noche continua, necesaria la evolución en Alemania...y también posible en muchos países de Europa donde el obrero no recibe más herencia que el trabajo ni tiene más perspectiva que la de perpetuar su clase y condición, pero ¿en nuestro país también se justifica la huelga revolucionaria?. ¿En esta tierra donde el capitalista fue el obrero de ayer y dónde el obrero de hoy puede ser el capitalista de mañana?¹⁷

El Censor encontraba que la explicación más plausible era la que diseñaba la existencia de un complot revolucionario orquestado por agentes del extranjero, en su mayoría rusos, que pretendían implantar el maximalismo en el país. Frente a esta difícil coyuntura, resaltaba la tranquilidad puesta de manifiesto por el presidente Yrigoyen, a su juicio un gran estadista, que venía realizando una obra de gobierno meditada, progresista y positivamente eficaz a favor del proletariado. En sus relaciones entre capital y trabajo no sólo actuaba como árbitro para reducir a términos razonables las pretensiones de unos y otros, sino que también propiciaba una legislación que atendiera las necesidades de su pueblo. En estas particulares circunstancias, el presidente, que dedicaba especial atención al mejoramiento moral y material de los obreros, sabría actuar frente a la actitud netamente sediciosa de “elementos exóticos” que convulsionaban la Capital.

Como corolario de sus reflexiones, el vespertino argumentaba sobre la necesidad de una legislación amplia que ordenara la inmigración. Hasta entonces había primado un criterio de carácter cuantitativo que había posibilitado la difusión de teorías extrañas a nuestro ambiente y modalidad; “gérmenes de odios ancestrales” incubados en medios completamente ajenos al nuestro y que luego vienen a estallar entre nosotros. Parfraseando lo dicho por Alberdi, *El Censor* concluía: “...es necesario poblar con inteligencia para poder gobernar en igual forma”¹⁸.

Por su parte *El Siglo* construía discursivamente una realidad de contornos catastróficos. Al tiempo que desde sus titulares a toda página informaba a sus lectores que Buenos Aires se encontraba bajo el terror anarquista, recurría a metáforas médicas para explicar los hechos. Subrayando el carácter extraño a nuestras costumbres del movimiento aseguraba que era una “invasión por contagio de la “grippe roja” y denunciaba que la utopía de subordinar el conjunto al interés de clase había sido especulativamente infiltrada en el espíritu de la masa obrera. La noticia del descubrimiento de un supuesto complot maximalista y la detención de anarquistas en la Capital vino a confirmar los temores del diario, que objetivizó en estos términos:

...el acratismo ha vivido al acecho, como el tigre y ha saltado como el lobo. Su guarida es la maraña proletaria; su disfraz, la blusa del obrero; en su prole no hay compasión, ni concordia, ni idealismos, hay instinto de destrucción...¹⁹.

Si bien reconocía el derecho de los obreros a mejorar su situación opinaba que en nuestro país las reformas sociales debían realizarse de forma paulatina, jamás recurriendo a la violencia.

El matutino aprovechaba la difícil coyuntura para acusar al presidente radical de no estar a la altura de las circunstancias ya que, ante un país que le exigía definiciones frente a la crisis, optaba por la inacción, permitiendo el desconcierto y la incertidumbre se apoderasen del ánimo de los ciudadanos. A medida que se desarrollaban los trágicos

sucesos, endurecía su discurso, presentando a un Yrigoyen indeciso y misterioso, más sensible a las especulaciones de la política electoral que a la acción de gobierno. Desde su perspectiva, el caudillo radical había descuidado el porvenir del país al consagrarse sólo a anatematizar el pasado y, ante el caos de aquellos días, quería eludir sus responsabilidades para adjudicárselas al Poder Legislativo. Así argumentaba:

Nosotros no vemos en esta emergencia inexcusable más que una responsabilidad: la del gobierno, que con toda su devoción por la causa del proletariado no ha sido capaz de conjurar estos estallidos por medio de una acción previsor, de una legislación acertada...²⁰.

Como para otros de sus colegas bahienses, *El Siglo* este conflicto social ponía en evidencia la necesidad de sancionar una legislación que hiciera imposible nuevas convulsiones de estas características. En sentido recordaba que era imprescindible que se sancionase no sólo una nueva norma que regulara la inmigración sino también otra que legislase sobre colonización porque de esa manera se cumpliría con la consigna de Alberdi: gobernar es poblar.

Bahía Blanca informaba en amplios titulares sobre la conspiración de un “absurdo bolchevikismo” que conmovía a la sociedad con “levantamientos sediciosos, extraños al ambiente de trabajo y libertad” característico del país. Según este matutino el gobierno debía, en primera instancia, declarar el estado de sitio demostrando así su autoridad al restaurar el orden público. Posteriormente tendría abocarse a la resolución de la problemática social que se había incorporado en forma traumática y violenta a la agenda política del momento.

Destacando que aquellos sangrientos sucesos tenían un carácter “exótico” advertía que la solución duradera al problema planteado pasaba por la sanción de una adecuada ley de inmigración. En efecto, desde la perspectiva de *Bahía Blanca*, la “inaudita” presencia del bolchevikismo en estas tierras demostraba que había que

controlar el caudal de brazos que entraban al país, esa “avalancha” inmigratoria que nadie investigaba ni regulaba. Afortunadamente, concluía, los legisladores nacionales eran concientes de la necesidad imperiosa e impostergable de actualizar la legislación.

El tema principal en torno al que el bisemanario antiradical *El Régimen* organizaba su argumentación era la incapacidad del gobierno radical para gobernar al país. Efectivamente, en su opinión, ante la gravedad de los hechos, el presidente Yrigoyen se había contentado con hacer anunciar por la prensa “subvencionada” que se preocupaba por elaborar leyes obreras y comentaba en tono irónico, “como sin con promesas se abatiera el espíritu levantisco de las masas populares eternamente engañadas por los gobiernos”²¹. El bisemanario interpretaba que el intento de “turba revolucionaria” por transformar violenta e inmediatamente a la sociedad había tenido por afortunada consecuencia despertar entre los argentinos el sentimiento de nacionalidad hasta ese entonces un tanto debilitado por la “politiquería”. A modo de ejemplo anunciaba:

Los que hemos combatido al radicalismo y al gobierno surgido de él, en sus errores, deponemos nuestras luchas de banderías para incitar a todos a la labor patriótica de asegurar la tranquilidad pública. Argentinos y extranjeros de buena voluntad todos deben colaborar en la obra. En estas circunstancias se olvidan las animosidades políticas. Esto no quiere decir que se renuncie a la libertad de combatir al gobierno cuando éste yerre²².

Desde el extremo opuesto del espectro ideológico, *Nuevos Tiempos* no informó a sus lectores sobre las alternativas de los hechos de enero, optando por transcribir un artículo del periódico socialista porteño, *La Vanguardia*, en el que se denunciaba la “afinidad psicológica”²³ de ácratas y “seudoradicales” a quienes la conveniencia llevaba a una “entente cordiale”. Siguiendo la misma estrategia, el bisemanario incluyó en sus columnas un manifiesto de la Federación Universitaria Argentina que expresaba su repulsa ante los atentados cometidos contra integrantes de la colectividad israelita²⁴.

Por otra parte, interpelaba a los trabajadores argentinos, llamándolos a no permanecer indiferentes a los acontecimientos de la Capital puesto que éstos sólo eran los prolegómenos de una, no muy lejana, renovación completa de la sociedad.

Finalmente *Nuevos Tiempos* acusaba a su colega *El Siglo*, en tanto representante de la “prensa burguesa”, de preferir “oponer al criterio de justicia, el espacio de sus columnas favorecidas con los avisos de las empresas”.

Conclusión

Desde sus particulares situaciones en la geografía del campo periodístico bahiense los periódicos consultados diseñaron sus respectivas estrategias para comunicar a sus lectores las alternativas del conflicto social que se desarrollaba en la Capital. Salvo en el caso del bisemanario socialista, tanto las publicaciones cercanas al radicalismo como las de signo conservador adoptaron el discurso por entonces hegemónico que aseguraba la existencia de un complot bolchevique. Este paradigma interpretativo nos remite a una de las manifestaciones del imaginario mitológico, la que denuncia de una conspiración maléfica que tienden a someter a los pueblos a la dominación de fuerzas oscuras y perversas. Como señala Raoul Girardet su espectro no ha dejado de visitar al imaginario político de los dos últimos siglos imponiendo su repertorio de temas, imágenes y referencias. Según Girardet, más allá de la diversidad de su inspiración ideológica, estos relatos presentan una sorprendente identidad de estructura, aunque las variantes narrativas sean incontables²⁵. En el caso estudiado, los fantasmas de la revolución rusa, alimentados con rumores y falsas informaciones, contribuyeron a hacer verosímil la hipótesis conspirativa, condición ésta indispensable si se tiene en cuenta que ninguna empresa manipuladora puede esperar lograr sus objetivos cuando en los sectores de la opinión que pretende conquistar no existe una

cierta situación de disponibilidad. En otras palabras, el mensaje a transmitir debe corresponder a un código ya inscripto en las normas del imaginario.

Los titulares y artículos constituyeron los escenarios en que cada periódico contó, en su modo y estilo particular, una historia que, construida con casi los mismos elementos aportados por las agencias de noticias con sede en la Capital, tenía tintes propios de la crónica policial. Pero fue principalmente en las editoriales donde se expresó la dialéctica propia de todo pensamiento político: la oposición entre amigo y enemigo²⁶. En efecto, desde este espacio redaccional todas las publicaciones definieron claramente el campo en que se posicionaban recurriendo a diversas estrategias que diferían fundamentalmente en la atribución las respectivas responsabilidades frente al violento estallido social.

Así, los periódicos de sensibilidad radical -*La Nueva Provincia*, *El Sud* y *El Censor* -elogiaron la actuación del presidente Yrigoyen frente a los sucesos de enero y aprovecharon la oportunidad para atacar a sus principales enemigos políticos: socialistas y conservadores. A los primeros se los sindicó como responsables de la agudización del conflicto social mientras a los conservadores se los acusó de impedir la sanción de la legislación social propuesta por el primer mandatario desde su posición mayoritaria en la Cámara de Senadores.

Por su parte, los de orientación conservadora -*El Siglo* y *El Régimen*- coincidieron en destacar la ineficacia y torpeza con que el presidente radical manejó la crisis social desatada aquel verano.

Sin embargo, tanto radicales como conservadores se mostraron contestes en adjudicar la responsabilidad de los hechos a “elementos extranjeros” que introducían en el país ideas revolucionarias, ajenas al sentir de los trabajadores argentinos y, por lo

tanto, concordaron en señalar la urgente necesidad de sancionar una legislación que regulara la inmigración como forma de impedir que tales “elementos” llegaran al país.

Finalmente, desde su lugar ideológico, *Nuevos Tiempos* interpeló a los trabajadores, llamándolos a no permanecer indiferentes a los sucesos de la Capital porque ellos preludiaban la renovación completa de la sociedad. Estamos aquí en presencia de otra formación mitológica, la de la sociedad nueva; pero su estudio es quizás tema de un próximo trabajo.

Notas

¹ Para una caracterización de la política laboral de Hipólito Yrigoyen véase el clásico libro de David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, 1977. Recientemente Ricardo Falcón ha realizado un interesante aporte al tema de la legislación laboral durante el primer gobierno de Yrigoyen en su trabajo “Políticas laborales y relación Estado-sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)” en Juan Suriano(comp), *La cuestión social en la Argentina.1870-1943*, Buenos Aires, Editorial de La Colmena, 2000, pp.111-125. Sobre la Semana Trágica véase: David Rock, “Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919” en *Desarrollo Económico*, vol. 11,nº 42-44, julio 1971/marzo 1972, pp. 165-215, Julio Godio, *La semana trágica de enero de 1919: insurrección proletaria argentina*, Buenos Aires, Gránica Editor, 1972 y Beatriz Seibel, *Crónicas de la Semana Trágica*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

² En nuestros días el único periódico que se publica en Bahía Blanca es *La Nueva Provincia* que fue fundada por Enrique Julio en 1898.

³ Respecto a la historia de la prensa en Bahía Blanca remitimos a los trabajos que sobre el tema realizan Mabel Cernadas de Bulnes y Norma Buffa. De esta última autora véase especialmente su artículo "Trayectoria del periodismo" en *1898-1998. Cien años de periodismo...*, Bahía Blanca, *La Nueva Provincia*, 1998, pp.150-161.

⁴ Para un completo estudio del campo periodístico en Buenos Aires a principios del siglo XX véase Sylvia Saíta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

⁵ Con relación a la génesis de esta idea, la misma ya había sido por auspiciaba por el diario local *El Porvenir* en los primeros meses del año 1884. Tomando este planteo secesionista como propio, el matutino esgrimía como argumento principal lo inadecuado de una organización institucional que mantenía a estas regiones en una situación letargo crónico.

⁶ Norma Buffa, "Trayectoria del periodismo" en *1898-1998. Cien años de periodismo...*,cit.p.158 y *La Nueva Provincia*, 8 de abril de 1916, p.1.

⁷ *La Nueva Provincia*, Ecos del día. La plaga huelguística, 25 de diciembre de 1918, p.9.

⁸ *La Nueva Provincia*, Ecos del día. La finalidad de las huelgas, 10 de enero de 1919, p.7.

⁹ *La Nueva Provincia*, Ecos del día. Ante los hechos, 11 de enero de 1919, p.8.

¹⁰ *La Nueva Provincia*, Ecos del día. El maximalismo, 15 de enero de 1919,p.8.

¹¹ *La Nueva Provincia*, Ecos del día. 22 de enero de 1919, p.7.

¹² *El Sud*, Redacción. Siempre igual, 11 de enero de 1919, p.1.

¹³ *El Sud*, Redacción. Nuevo triunfo, 13 de enero de 1919, p.1.

¹⁴ *El Sud*, Redacción. ¿Qué pretende la oposición?, 14 de enero de 1919, p.1.

¹⁵ *El Sud*, 20 de enero de 1919, p.1.

¹⁶ *El Sud*, Redacción. Previsibilidad y represión, 21 de enero de 1919, p.1.

¹⁷ *El Censor*, Redacción. El conflicto obrero, 10 de enero de 1919, p.5.

¹⁸ *El Censor*, Redacción. Después de los sucesos, 11 de enero de 1919, pp.1-2.

¹⁹ *El Siglo*, Redacción El ambiente, 17 de enero de 1919, p.6.

²⁰ *El Siglo*, La huelga y sus responsabilidades, 10 de enero de 1919,p.6.

²¹ *Bahía Blanca* , Redacción. Maximalismo, 11 de enero de 1919,p.1.

²² *El Régimen*, Redacción. La prueba de fuego, 15 de enero de 1919,p.1.

²³ Según *La Vanguardia* ácratas y “seudoradicales” estaban educados en la escuela de la violencia sistemática, y compartían tanto el odio hacia el socialismo y sus métodos como una misma incapacidad para comprender y practicar la democracia, *Nuevos Tiempos*, Ya sabíamos eso, 3 de febrero de 1919, p.1.

²⁴ *Nuevos Tiempos*, Ecos de la semana trágica, 3 de febrero de 1919, p.1.

²⁵ Raoul Girardet, *Mythes et mythologies politiques*, Paris, Editions du Seuil, 1986, p.3. Sobre el tema véase también André Rezler, *Mythes politiques modernes*, cit.

²⁶ Remitimos al lector a los trabajos de Carl Schmitt para quien la distinción específica de lo político es la discriminación entre amigo y enemigo, véase Carl Schmitt, *La notion du politique*, Paris Calmann-Levy y Jean-Marie Donegani et Marc Sadoun, *La démocratie imparfaite*, Paris, Folio, 1994.

Bibliografía

BOURDIEU, Pierre, "L'emprise du journalisme" en *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 101-102, mars 1994.

-----, avec Loic WACQUANT, *Réponses*, Paris, Seuil, 1992.

FALCON, Ricardo, "Políticas laborales y relación Estado-sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)" en Juan SURIANO(comp),*La cuestión social en la Argentina.1870-1943*, Buenos Aires, Editorial de La Colmena, 2000

GIRARDET, Raoul, *Mythes et mythologies politiques*, Paris, Éditions du Seuil, 1986.

MARTINI, Stella, *Periodismo, noticia y noticialidad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.

RESZLER, André *Mythes politiques modernes*, Paris, Presses Universitaires de France, 1981.

ROCK, David, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, 1977

ROMERO, Luis Alberto, *Breve historia conemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

SAÍTTA, Silvia, "El periodismo popular en los años veinte" en Ricardo, FALCON, (dir), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

-----, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

SIDICARO, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

ABSTRACT

During the decades of 1910 and 1920 newspapers were the only mass medium, so their role as channels of information and opinion was of the utmost importance in shaping the political culture of their readership. If we define "political culture" as the set of beliefs, creations, myths and ideologies that nourish the political development of a society or social group, we better understand the weight of the symbolical on the messages that newspapers conveyed trough their editorials, news and headlines. This paper attempts at an exploration of the mythic dimension that undelay the differents ways in wich Bahía Blanca newspapers read the social conflict wich has remained in the Argentine collective memory as the Tragic Week (Semana Trágica)

Laura Llull. Dra en Historia. Cátedra Historia Argentina Contemporánea Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur. Bahía Blanca. Argentina